

XXVI Domingo del Tiempo Ordinario C

Pecado de incomunicación

"Dijo Jesús: Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino. Y un mendigo estaba echado en su portal, cubierto de llagas". San Lucas, cap. 16.

San Lucas prosigue la descripción con la maestría de un pintor: El rico banqueteaba espléndidamente, mientras el pobre anhelaba las sobras de la mesa del poderoso. Pero nadie se las daba.

Después cambia la escena: Mueren el potentado y el mendigo. Aquél es sepultado en un lugar de tormentos. Este es llevado por los ángeles al cielo.

Entonces se invierten los papeles. Ahora es el rico quien necesita del pobre. Ruega que se llegue hasta él a refrescarle con una gota de agua, pues agoniza entre llamas.

Nos vemos tentados a interpretar esta parábola en un sentido meramente económico: A un lado están los ricos en dinero a quienes casi siempre calificamos de pecadores. A otro lado, los pobres a quienes ensalzamos, quizás por cierto mecanismo de autojustificación.

Pero no pequemos de simplismo.

La clave para descifrar este mensaje nos la da el nombre del mendigo: Lázaro, que significa en hebreo "Yavéh, salva". Es el único personaje con nombre propio de cuantos Jesús saca a relucir en sus parábolas.

Dios salva y todos somos, por turno riguroso, potentados y mendigos. Cómo en el relato de Job, aquel varón de la tierra de Hus, padre de muchos hijos, dueño de haciendas y ganados.

Un día pierde todos sus bienes. No le quedan sino sus llagas y tres amigos que, más que consolarlo, lo irritan con sus pláticas importunas.

Pero luego el Señor se compadece de su ruina y le devuelve hijos y posesiones. Cambian de mano los bienes.

Mientras unos fracasan, otros recuperan. Llegan los infortunios, renace la alegría.

La parábola del rico y del mendigo no es un capítulo de ciencia ficción. Es una realidad de cada día.

Sin embargo, el rico no es sepultado en el infierno por ser rico, sino por mantener el corazón cerrado a Dios y a sus hermanos.

El mendigo no es llevado por los ángeles al cielo por carecer de bienes. Logra la recompensa porque confía en el Señor.

Recordemos la frase del salmo 9: "Unos confían en la fuerza de sus carros, otros en el vigor de sus caballos. Nosotros nos acogemos al Señor y esperamos en su misericordia".

El pecado no consiste en tener o no tener. Consiste en cerrar el corazón a Dios y en cortar toda comunicación con los hermanos.

¿Cuál es nuestra conducta en los reveses? ¿Nos encerramos en la amargura o por el contrario, el dolor nos humaniza?. Y cuando la prosperidad nos acompaña, ¿nos escondemos en el egoísmo o compartimos con los desposeídos?

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y